

MANIFIESTO

INTRODUCCIÓN

Nosotros, los que ministramos hoy en la educación teológica evangélica alrededor del mundo y que ahora nos encontramos enlazados en una creciente cooperación internacional, queremos expresar de una manera unida nuestro anhelo y oración por la renovación de la educación teológica evangélica actual – una renovación en forma y en sustancia, en visión y en poder, en dedicación y en dirección.

Buscamos con justa razón tal renovación en vista de la importancia vital que tiene la educación teológica desde una perspectiva bíblica. En la medida que la educación teológica se preocupa por la formación del liderazgo para la iglesia de Cristo en su misión, en este grado dicha educación teológica asume una importancia bíblica, crítica y estratégica. Las Escrituras establecen a la iglesia y ordenan el servicio de liderazgo dentro de esa iglesia. Por lo mismo, demandan también una preocupación seria por la formación de dichos líderes. Por esta razón, la búsqueda de una renovación eficaz en la educación teológica evangélica en nuestros días surge de raíces bíblicas. Buscamos con justa razón tal renovación en vista también de la crisis de liderazgo existente en la iglesia de Cristo alrededor del mundo. Los tiempos nos presentan desafíos y oportunidades fuera de lo común, que demandan de la iglesia una preparación excepcional de su liderazgo. En muchas áreas del mundo, la iglesia se enfrenta a un crecimiento explosivo de tal proporción que no siempre puede hacerle frente. Además, en muchas áreas del mundo la iglesia se enfrenta a una abierta hostilidad externa y a una subversión interna oculta, las cuales la distraen y desvían de su llamamiento. En todas partes las oportunidades y desafíos toman formas nuevas que causan confusión. Los tiempos exigen una urgente búsqueda de la renovación en los modelos de la educación teológica para que la iglesia en su liderazgo pueda estar equipada para cumplir el alto llamamiento ante Dios.

También buscamos con justa razón tal renovación en vista de la condición actual de la educación teológica evangélica. Reconocemos que existen entre nosotros ejemplos llamativos de esa vitalidad renovadora en la educación teológica, la que quisiéramos sea puesta al servicio de nuestro Señor en todas partes. Tanto en el modelo tradicional como en el no tradicional, se están haciendo muchas cosas buenas que son dignas de nuestra atención, estímulo y emulación. Además, reconocemos que existen en nuestro medio, a veces muy cerca de nosotros, ejemplos de algunas cosas que no se hacen bien. Confesamos esto con vergüenza. Se mantienen formas tradicionales por el solo hecho de ser tradicionales, y se persiguen formas radicales por el solo hecho de ser radicales. Por lo tanto, la formación de un liderazgo eficaz se ve profundamente perjudicada. Damos la más cordial bienvenida a la crítica sabia sobre la educación teológica evangélica que ha surgido últimamente. Esta crítica nos ha obligado a pensar mucho más cuidadosamente en cuanto a nuestros propósitos en la educación teológica y en cuanto a los mejores medios para lograr dichos propósitos. Creemos que actualmente está surgiendo alrededor del mundo un consenso general entre los educadores de teología evangélica de que tenemos ante nosotros un desafío de renovación inspirado por el Señor. También creemos que está surgiendo un amplio acuerdo sobre los patrones esenciales que tal renovación debiera seguir.

Estamos viviendo en una época diferente y ante nosotros surgen nuevas oportunidades.

Deseamos aceptar esas oportunidades y aprovecharlas en obediencia a nuestro Señor.

Por lo tanto, a fin de proveer el incentivo, la orientación y el desafío crítico para nosotros mismos y para todos los demás que busquen de nosotros un sentido de dirección, proponemos y

afirmamos la siguiente agenda para la renovación de la educación teológica evangélica en el mundo de hoy y nos comprometemos a su vigorosa implementación práctica. No pretendemos con esta agenda haber expuesto la última palabra en estos asuntos. Pero, sí hacemos esta declaración después de mucha oración y reflexión. Deseamos extender la mano de amistad a todos aquellos que se sientan guiados a apoyar estas propuestas y, a la vez, invitarles a una colaboración práctica en esta búsqueda, por causa de nuestro Señor, la evangelización del mundo y el establecimiento y edificación de la iglesia.

Por tanto, nosotros ahora afirmamos en forma unida que, para cumplir con el mandato de Dios, la educación teológica evangélica de hoy alrededor del mundo debe buscar tratar rigurosamente de introducir y reforzar lo siguiente:

1 CONTEXTUALIZACIÓN

Nuestros programas de educación teológica deben diseñarse con referencia específica a los contextos en los cuales sirven. Somos culpables de que nuestros programas de estudios frecuentemente parecen ser importados íntegramente del extranjero o haber sido transmitidos del pasado, sin alteración alguna. Tanto la selección de cursos para el programa de estudios como el contenido de ellos deben ser ajustados al contexto donde se utilizan. El familiarizarse con el contexto en el cual el mensaje bíblico ha de ser vivido y predicado es tan vital para un programa integral, como lo es familiarizarse con el contenido de este mensaje. De hecho, no sólo en lo que se enseña, sino también en su estructura y operación, nuestros programas teológicos deben demostrar que existen en y para su contexto específico – en gobierno y administración, personal y finanzas, estilos de enseñanza y tareas de clases, recursos bibliotecarios y servicios estudiantiles. Esto lo tenemos que lograr, mediante la gracia de Dios.

2 ORIENTACIÓN HACIA LA IGLESIA

Nuestros programas de educación teológica deben estar orientados hacia la comunidad cristiana a la cual se está sirviendo. Erramos cuando nuestros programas se desarrollan simplemente en términos de alguna noción tradicional o personal de la educación teológica. En cada nivel de diseño y operación, nuestros programas deben dar evidencia visible de haberse diseñado con una atención cuidadosa a las necesidades y expectativas de la comunidad cristiana a la que se está sirviendo. Para lograr este propósito, debemos establecer múltiples formas de interacción continua entre el programa y la iglesia, tanto al nivel oficial como al nivel de las bases, ajustando y desarrollando regularmente el programa a la luz de estos contactos. Nuestros programas teológicos deben llegar a ser manifiestamente de la iglesia, por la iglesia, y para la iglesia. Esto lo tenemos que lograr, mediante la gracia de Dios.

3 FLEXIBILIDAD ESTRATÉGICA

Nuestros programas de educación deben estimular a una mayor flexibilidad en la realización de su tarea. Por demasiado tiempo nos hemos conformado con la formación de solamente una clase de líder para la iglesia, a sólo un nivel de necesidades y con sólo un método educativo. Si hemos de responder en forma completa a las necesidades del liderazgo del cuerpo de Cristo, entonces nuestros programas, tanto por sí solos como juntamente, tendrán que comenzar a demostrar una mayor flexibilidad en por lo menos tres aspectos. Primero, debemos ponernos al tanto de toda la

gama de funciones que se requieren del liderazgo y no solamente dar atención a las más conocidas o básicas. No es suficiente, por ejemplo, proveer solamente la formación pastoral. Debemos responder creativamente, en cooperación con otros programas, a las necesidades del liderazgo de la iglesia en áreas tales como la educación cristiana, el trabajo juvenil, el evangelismo, el periodismo y las comunicaciones, la educación teológica por extensión, la consejería, la administración para-eclesiástica, el personal de seminarios e institutos bíblicos, el desarrollo comunitario y los ministerios sociales. Segundo, nuestros programas deben tomar en cuenta todos los niveles académicos necesarios y no limitarse a servir sólo a un nivel. No debemos pensar que el nivel más alto sea la única necesidad estratégica o, por el contrario, que el nivel más bajo sea la única necesidad estratégica. Debemos participar deliberadamente en programas de múltiples niveles para el adiestramiento del liderazgo. Estos programas deben ser establecidos en base a una evaluación de las necesidades globales del liderazgo en la iglesia en todos los niveles. Tercero, debemos comprometernos a una mayor flexibilidad en los modelos educativos por medio de los cuales tocamos los varios niveles de necesidad del liderazgo y no limitarnos a un solo modelo tradicional o radical. Debemos aprender a combinar, de manera práctica, sistemas residenciales y por extensión, estilos formales e informales, utilizando también, por ejemplo, cursos breves, talleres, programas nocturnos, institutos de vacaciones, adiestramiento sobre la marcha, seminarios ambulantes, cursos de actualización, y programas de educación continúa. Sólo por medio de tal flexibilidad en nuestros programas se podrá comenzar a suplir la amplia gama de necesidades del liderazgo de la iglesia y cumplir con nuestro mandato en su sentido más amplio. Esto lo tenemos que lograr, mediante la gracia de Dios.

4 FUNDAMENTO TEOLÓGICO

La educación teológica evangélica en la actualidad necesita hacer un serio esfuerzo por buscar y recobrar una teología eficaz. Erramos al dejar que tan fácilmente nuestra dirección sea determinada por nuevos entusiasmos, razonamientos seculares o por tradiciones estériles. No es suficiente que demos atención al contexto de nuestro servicio y a la comunidad cristiana a la que servimos. Debemos llegar a percibir nuestra tarea, y aún estos puntos básicos de referencia, dentro del contexto más amplio de la verdad total de Dios y de Su plan global. Tal percepción teológica compartida de nuestro llamado es casi inexistente entre nosotros. Juntos debemos dar pasos urgentes e inmediatos para la búsqueda, elaboración y obtención de una base teológica bíblicamente informada para nuestro llamado a la educación teológica y permitir que cada aspecto de nuestro servicio se arraigue y alimente en este suelo. Esto lo tenemos que lograr, mediante la gracia de Dios.

5 EVALUACIÓN CONTINUA

Nuestros programas de educación teológica deben ser controlados por la rigurosa práctica de identificar objetivos, evaluar resultados, y, a la luz de este proceso, hacer los ajustes necesarios. Nos hemos conformado demasiado pronto con intenciones educacionales no expresadas, o examinadas sólo superficialmente, o demasiado generales para fijar una dirección. Hemos estado dispuestos a dar por sentado nuestros logros en base a impresiones vagas, informes al azar, o consultas hechas en momentos de crisis. Hemos sido culpables de conformarnos con evaluar nuestros programas sólo irregularmente, al azar, o bajo presión. Oímos la voz firme de nuestro Señor acerca de la mayordomía fiel que El requiere de Sus siervos, pero en gran medida hemos

fallado al no aplicar esta demanda al modo de conducir nuestros programas de educación teológica. Primero, debemos dejar que nuestros programas sean gobernados por objetivos cuidadosamente seleccionados, claramente definidos y sujetos a una continua revisión. Segundo, debemos reconocer que es no solamente provechoso, sino imprescindible, discernir y evaluar los resultados de nuestros programas para que exista una base válida para juzgar en qué medida se han logrado los objetivos. Esto requiere que se pongan en función medios que permitan la evaluación del desenvolvimiento de nuestros graduados en relación con los objetivos establecidos. Tercero, debemos crear, como parte de los modelos operacionales de nuestros programas, medios para la revisión regular y la continua modificación y ajuste de todos los aspectos del gobierno, personal docente-administrativo, programa educativo, condiciones físicas del plantel educativo y servicios estudiantiles, para que así los resultados reales puedan acercarse cada vez más a los objetivos establecidos. Solamente por medio de esta clase de evaluación continua podremos ser fieles a las exigencias rigurosas de la mayordomía bíblica. Esto lo tenemos que lograr, mediante la gracia de Dios.

6 VIDA EN COMUNIDAD

Nuestros programas de educación teológica deben demostrar el modelo cristiano de comunidad. Erramos cuando nuestros programas parecen ser tan a menudo poco más que fábricas académicas que eficientemente producen graduados. A la luz de la Biblia, debemos velar por que nuestros programas funcionen como comunidades educativas deliberadamente nutridas y sostenidas por aquellos modelos de comunidad apoyados bíblicamente y culturalmente apropiados. Para lograr este fin es imprescindible, y no solamente opcional, que todo el cuerpo educacional – profesores y estudiantes – no sólo aprendan juntos, sino también coman, jueguen, se cuiden, adoren y trabajen juntos. Esto lo tenemos que lograr, mediante la gracia de Dios.

7 PROGRAMA INTEGRADO

Nuestros programas de educación teológica deben combinar los objetivos espirituales y prácticos con los académicos en un solo enfoque educativo integral. Erramos en que a menudo enfocamos los requisitos educacionales en base a logros cognoscitivos, mientras que en gran medida dejamos al azar el crecimiento esperado del estudiante en otras dimensiones. Nuestros programas deben estar diseñados para atender el crecimiento y capacitación del hombre de Dios en su totalidad. Esto quiere decir, en primer término, que nuestros programas educativos deben buscar deliberadamente la formación espiritual del estudiante. Debemos buscar un desarrollo espiritual centrado en un compromiso total con el señorío de Cristo y progresivamente encarnado por el poder del Espíritu Santo en todas las dimensiones de la vida. Para facilitar este tipo de crecimiento debemos dedicar a ello el mismo tiempo, cuidado y estructura que el que correctamente proveemos para el crecimiento cognoscitivo. Segundo, esto también quiere decir que nuestros programas deben fomentar el desarrollo de las habilidades prácticas del liderazgo cristiano. No debemos solamente enseñar estas habilidades dentro del aula. Debemos incorporar a nuestros programas y requisitos una experiencia supervisada y práctica en el campo, en aquellas habilidades que el estudiante necesitará poner a funcionar en el ministerio después de haber completado su programa de estudio. Debemos proveer oportunidades adecuadamente supervisadas para experiencia práctica vocacional en el campo. Tenemos que combinar lo práctico y lo espiritual con lo académico en nuestros programas educativos a fin de equipar para

el servicio al hombre de Dios en su totalidad. Esto lo tenemos que lograr, mediante la gracia de Dios.

8 FORMACIÓN DE SIERVOS

Por medio de nuestros programas de educación teológica los estudiantes deben ser formados en estilos de liderazgo apropiados para el futuro papel bíblico que proyectan realizar en el cuerpo de Cristo. La culpa es nuestra de que a menudo nuestros programas producen las características del elitismo y tan raramente producen las características de un siervo. No podemos esperar que las marcas verdaderas de un siervo cristiano aparezcan por sí solas. Por medio del ejemplo del cuerpo docente-administrativo y a través del estímulo, la exposición práctica y el énfasis deliberado, debemos promover activamente aquellos estilos de liderazgo aprobados por la Biblia. Esto lo tenemos que lograr, mediante la gracia de Dios.

9 PEDAGOGÍA VARIADA

Nuestros programas teológicos deben procurar enérgicamente variar sus metodologías de enseñanza, las que deberán ser evaluadas y promovidas según su grado de efectividad comprobada, especialmente en lo que se refiere al contexto cultural. No es correcto aferrarse a un método de enseñanza por el solo hecho de que sea tradicional, conocido o de vanguardia. Dictar clases no es el único método apropiado de enseñanza y muchas veces ni siquiera es el mejor. Lo mismo se puede decir de la instrucción programada. Es necesario dar pasos prácticos en nuestros programas para presentarle al cuerpo docente nuevos métodos de instrucción y adiestrarlos en su empleo, en una actitud de flexibilidad innovadora y experimentación, lo cual sea regida siempre por las normas de efectividad. Esto lo tenemos que lograr, mediante la gracia de Dios.

10 MENTE CRISTIANA

Nuestros programas de educación teológica necesitan modelar e inculcar más efectivamente un patrón de pensamiento integral centrado alrededor de la verdad bíblica como el núcleo integrador de la realidad. No basta sólo enseñar un cúmulo de verdades teológicas. Así como cada cultura humana está gobernada desde su mismo centro por una percepción integradora de la realidad, nuestros programas deben procurar que el dominio de nuestro Señor se arraigue en este punto céntrico en la vida del estudiante. Esta visión de la vida teológicamente integrada necesita ser vivida y enseñada en nuestros programas, para que podamos decir y demostrar de una manera bíblica y atrayente que la teología sí es importante, y para que el estudiante pueda salir experimentando este enfoque centralizado en toda su riqueza y profundidad bíblica. Esto lo tenemos que lograr, mediante la gracia de Dios.

11 CAPACITACIÓN PARA EL CRECIMIENTO

Nuestros programas de educación teológica necesitan urgentemente enfocar de nuevo sus modelos de adiestramiento de tal modo que estimulen y faciliten el aprendizaje auto-dirigido. No basta que traigamos a un estudiante por medio de nuestros programas al punto en que está preparado para el ministerio. Necesitamos diseñar los requisitos académicos de tal forma que capacitemos al estudiante no sólo para completar el programa de estudios, sino también para que

viva en continuo aprendizaje, desarrollo y crecimiento. Para lograr esto, también debemos asumir una mayor responsabilidad en la colocación de nuestros estudiantes en el ministerio como parte de nuestro deber, así como experimentar con formas de mantener vínculos con ellos y seguirles sirviendo, especialmente en los primeros años de su ministerio. Por este medio, cada estudiante debiera llegar a experimentar, a través del programa, no solamente la conclusión de un proceso de formación, sino el inicio de un desarrollo continuo. Esto lo tenemos que lograr, mediante la gracia de Dios.

12 COOPERACIÓN

Nuestros programas de educación teológica deben perseguir entre sí contacto y colaboración con el propósito de apoyo, estímulo y edificación mutuos. Erramos en que frecuentemente en la educación teológica evangélica atendemos solamente a nuestros propios quehaceres en el servicio de Dios. Otros con el mismo llamamiento nos necesitan y nosotros los necesitamos a ellos. El concepto bíblico de mutualidad necesita expresarse de un modo más visible y fomentarse entre nuestros programas teológicos de una manera más práctica. Por demasiado tiempo hemos consentido en vivir y trabajar en un aislamiento que niega al cuerpo de Cristo en su sentido amplio, y así nos hemos fallado tanto a nosotros mismos como al cuerpo de Cristo. Los tiempos en los que servimos, no menos que los imperativos bíblicos, exigen de cada uno de nosotros continuas iniciativas de cooperación. Esto lo tenemos que lograr, mediante la gracia de Dios.

Que Dios nos ayude a ser fieles a estas afirmaciones y compromisos para la gloria de Dios y el cumplimiento de Sus propósitos.